

LA CABINA (1972)

Cuatro paredes de cristal te rodean. Apenas las notas, pero están ahí y te impiden avanzar del mismo modo que avanzan otros. Se convierten en una barrera invisible que limita tu capacidad de actuación y te recuerda, constantemente, que no eres libre, que eso no es más que una falacia que algunas personas te han contado en momentos clave de tu vida. Luchas, peleas e intentas resistir el tiempo que dura el interminable plano secuencia. La clave es la resiliencia, te dices a ti misma. Sé pertinaz, no te rindas y serás capaz de lograr lo mismo que el resto: llegar a las mismas metas, alcanzar los mismos sueños. Empujas las paredes de cristal un poquito cada día con la esperanza de que te dejen algo más de espacio para maniobrar, pero pasan los meses y la claustrofobia perdura, porque las paredes no se mueven y tu cubículo sigue siendo igual de angosto que al principio. Cambias de táctica, utilizas la agresividad. Levantas la voz, esperas que alguien te oiga. O que, a base de tanto dar golpes, una de las paredes acabe por ceder y se resquebraje. Aunque te hieras los puños, si el cristal se rompe habrá valido la pena. Por desgracia, nada de todo eso sucede. Nadie te oye, aunque todos te observan.

El cristal sigue intacto, no hay nada que hacer. Empiezas a dudar. ¿Merece la pena seguir intentándolo? ¿Y si este va a ser el único espacio del que voy a disponer el resto de mi vida? El tiempo pasa y va dejando huellas en tu cuerpo, que se desgasta y estropea indefectiblemente por mucho que te empeñes en evitarlo.

En **1972** el director **Antonio Mercero** encerraba a **José Luis López Vázquez** en una cabina telefónica de la que le resultaría imposible escapar. Una cabina que, a día de hoy, sirve como metáfora de muchas cosas, algunas de ellas relacionadas directamente con todas nosotras.

Cartel:

GENIE ESPINOSA



Crítica:

MARLA JACARILLA